

# Prefacio

En 1987, cuando presentamos nuestros primeros textos bajo la fórmula *Lacan: Heidegger*, comenzaba a cobrar fuerza mediática la reedición del debate sobre el compromiso nazi de Heidegger, así como se consolidaba la presencia definitiva de su pensamiento en todo lo que podemos caracterizar como ámbito posmoderno. La llamada posmodernidad, ahora vista a la distancia, lleva escrita con fuerza la impronta de Heidegger: fin de los relatos, desfundamentación del pensamiento, privilegio de la contingencia, relación entre la verdad y el acontecimiento, debilitamiento de las estructuras fuertes de la metafísica, invención de una nueva relación con el Otro, formulación de la pregunta por lo común de la comunidad, irrupción de la cuestión de «lo abierto», la deconstrucción de la relación uno-todo. Los motivos de la posmodernidad constituyen un golpe de dados que jamás abolirá el azar heideggeriano.

En 1987, *Lacan: Heidegger* era nuestra manera de habitar el paso del fin de siglo decididamente «heideggeriano» a lo que vendría en el nuevo siglo. Entonces vislumbrábamos de entrada un asunto clave: pensar el fin por fuera de la lógica del uno-todo, pensar el fin de una experiencia sin referirnos a una totalidad que se clausura y se cierra desde dentro, sino más bien establecer la experiencia del fin de la metafísica interrogando a la misma desde el fin que permite pensar la experiencia analítica como un franqueamiento y apertura que haga posible que el comienzo de una vida se encuentre con el lugar inicial del poema inconsciente.

- II Por nuestro legado y herencia política nunca quisimos justificar, bajo ningún aspecto, la cobardía de Freiburg. Siempre nos molestó el abuso relativista que sostiene que cada época sólo se juzga desde su interior o circunstancia histórica, pues aun teniendo en cuenta esta perspectiva, la comprensión tiene un límite; Heidegger no sólo claudicó políticamente sino que no estuvo a la altura de su propia filosofía; en la situación traicionó su proyecto. Al decir esto, nos diferenciamos de aquellos que en cambio ven una continuidad entre la filosofía de Heidegger y el nacional socialismo. Pero, por una cuestión de herencia política antifascista y antinazi nos interesaba dilucidar en qué condiciones, cuando se intenta pensar el horror, es el mismo horror el que atrapa y fascina al pensador hasta hacer de él una marioneta, alguien que pensando en una transformación de la existencia desde su propia raíz, alguien que pretende obtener una metamorfosis radical del ser, como puede llegar a ser un segundo nacimiento, pudo en un momento clausurar esta aventura existencial con las epifanías del heroísmo de un pueblo. Ese nacimiento que de entrada, según nuestra lectura lacaniana, queda diferido, alterado, vociferado o silenciado por los otros, temporalizado por Heidegger como un «siendo», él intentó reunirlo con el destino histórico de un pueblo. En este punto Heidegger sí fue un metafísico, pues estableció según su propia fantasmática, preheideggeriana, un vínculo entre la metamorfosis radical del que «en cada caso soy» con la asunción heroica y auténtica de un pueblo. Soñó con esa conjunción, donde la radicalidad de la transformación de la propia estructura existencial se hace una con un destino colectivo, hasta que lengua, pueblo, existencia, «poder ser más propio», se articulan fantasmáticamente en la lógica unotodo. Este sueño tal vez demuestra que el propio Heidegger no soportaba en su vida a la «diferencia ontológica». Pero hay que ser justos: el Heidegger que llamamos «de la derrota» es quien pone al pensamiento bajo las condiciones del despertar de este sueño. La operación *Lacan: Heidegger* se inscribe en este despertar e intenta valerse del mismo para pensar la política del psicoanálisis respecto del malestar de la civilización técnico-capitalista.

- III Freud, un verdadero anticipador del desastre criminal nazi, sin embargo, puede entrar en una convergencia teórica con alguien

como Heidegger, que a pesar de su lucidez mayor, queda atrapado en la fascinación de lo peor. La convergencia entre Freud y Heidegger se da entre dos espíritus absolutamente incompatibles entre sí, dos sensibilidades antinómicas, que sin embargo habían captado desde distintos lugares y tradiciones, lo que podríamos llamar una fragilidad constitutiva con respecto a la recepción de la vida por parte de la *ex-sistencia* parlante, mortal y sexuada. Ambos habían vislumbrado que si esa fragilidad con respecto a la vida era ocultada y colonizada por grandes fundamentos, insignias o «conocimientos», los resultados serían más bien decepcionantes. Freud y Heidegger confirman y a la vez construyen el mismo interrogante: ¿cómo se responde a la inadaptación esencial, inadaptación respecto del propio ámbito de donación de vida y sentido que padece la existencia parlante? La pregunta alcanza su culminación cuando la respuesta tiene como condición no ser nunca una solución dialéctica de reconciliación.

La convergencia entre Freud y Heidegger es algo que sólo toma forma a partir de esa fractura ontológica que Lacan supo nombrar teóricamente, describir en su experiencia, caracterizar en sus síntomas, mostrando la lógica interna de las soluciones fantasmáticas y estableciendo su topología apropiada. Lacan es el nombre propio de esa convergencia, es el despliegue de la misma, pero también la mostración de la diferencia irreductible entre ambos hasta las últimas consecuencias.

Nunca hemos supeditado la fórmula *Lacan: Heidegger* a una cuestión de influencia. Puede haber influencias en Lacan por parte de Kojève, de Spinoza, de Aristóteles, de Kant, aun de Wittgenstein, pero hay un rayo transversal, un relámpago entre el mundo moderno y lo que vino después, la modernidad y su pliegue contemporáneo, donde Lacan supo mostrar que el único adversario serio del último filósofo, el que podía pensar, no de otro modo al sujeto sino en otro sujeto, era Freud. Pero era su Freud, el Freud de Lacan, el que permite construir la matriz donde la *ex-sistencia* y la vida se impactan mutuamente, el Freud metamorfoseado definitivamente en *logos* lacaniano. Freud sin Lacan es aún la metafísica de la subjetividad; en cambio, Freud atravesado y reescrito topológicamente por la invención lacaniana se vuelve un problema distinto, un problema que desborda el cuadro metafí-

sico del sujeto. Esto lo afirmamos aun sabiendo que desbordar la metafísica no es lo mismo que superarla o dejarla atrás. Para esto será mejor remitirnos a la «página que el analista hace ausente en la filosofía», operación que busca un franqueamiento pero también un añadido o suplemento, pues el desfundamiento de la filosofía exige la comparecencia de un discurso que se haga cargo activamente del mismo.

Por ello nuestra operación *Lacan: Heidegger* tiene como antecedente a Lacan primero que a Heidegger. Fue Lacan quien construyó las condiciones con su Decir para que entre los pensadores se pudiera dar una «ofrenda mutua» de pensamientos y escrituras. Pero esta ofrenda en nuestro texto no se encuentra bajo el régimen de lo fundamentado. Más bien toma, deliberadamente y también por limitaciones de estilo, la forma precaria de un desarrollo abierto y discontinuo alrededor de los dos puntos ( : ) con los que señalamos una relación-no-relación. Para ello nos valemos de enlaces contingentes, que se reiteran a lo largo de estos «textos reunidos» y que indagan una y otra vez el mismo punto de vista, sin lograr, al menos nunca del todo, una estabilización temática o conceptual de lo que está en juego. Más que delimitar estructuras que se encuentran ya perfectamente delimitadas tanto en Heidegger como en Lacan, hemos intentado «salvar el honor» con aquello que, en la última enseñanza de Lacan hemos denominado «artefactos intrascendentes». La operación *Lacan: Heidegger* es el nombre de un artefacto de estas características: un modo de mostrar que la actividad desfundadora tanto de Lacan como de Heidegger no tiene por qué conducir ni al misticismo ni a la versión laica del construccionismo relativista e irónico, sino que es una apuesta desfundadora por la causa como intervención sobre lo real.

Por otra parte, este modo de hacer comparecer a Freud para introducir una escansión distinta en el texto heideggeriano es lo que permite pensar que el vínculo *Lacan: Heidegger* no debe ser concebido como una relación entre dos aunque esa sea su apariencia, los dos puntos remiten a escrituras que en su confrontación describen los avatares de la subjetividad en la modernidad-posmodernidad.

Se puede conjeturar que el tránsito del siglo xx al siglo xxi es un comentario crítico de Heidegger, una interpretación sobre su posibilidad y su zozobra, un impulso por saber también aquello que de verdad quiso decir Heidegger, y también una preocupación acerca de quién era realmente Heidegger. V

A su vez, todo ese movimiento está marcado también por el esfuerzo de tomar distancia de él, de encontrar la distancia pertinente con respecto a lo que dijo. Es apasionante percibir en el pensamiento contemporáneo que nos interesa, esta conducta: la atracción que ejerce el intérprete de la historia de la metafísica y el esfuerzo por corregir, rectificar, traducir esa «influencia» para entonces poder abrirlo a otro campo. En este panorama la distancia con respecto a Heidegger que propone Lacan, la intervención que él permite realizar sobre el texto heideggeriano, nos parece que no tiene parangón, pues lo hace jugar en un terreno absolutamente insospechado e imprevisible para el propio Heidegger, aun utilizando sus propias armas.

No podemos dejar de pensar que la fórmula *Lacan: Heidegger* está aún por alcanzar su propia singularidad. Aún no se ha obtenido su verdadero alcance, pues hay demasiada cautela, no se es lo suficientemente incauto con respecto al inconsciente, como correspondería a quienes ya parecen saber que «el habla, habla». Sin duda, rigor filosófico, competencia profesional, dispositivos filológicos y hermenéuticos, traducciones, evaluaciones, tesis, doctorados, toda esta disciplina universitaria es una garantía en el trato con los textos y todos usufructuamos de sus posibilidades. Pero tomarse en serio a Heidegger, o lo que es lo mismo, intentar abordarlo hasta sus últimas consecuencias, ¿no implica de algún modo admitir que filosofía y Universidad no son exactamente lo mismo? ¿Que entre estos dos ámbitos persiste un resto heterogéneo que no se reabsorbe ni en la disciplina ni en la institución? Ahora bien, admitir la existencia de ese resto, «la cosa del pensar», no conlleva un rechazo de la Universidad, sino más bien una problematización de su función. Seguramente es bueno para la propia Universidad que «la cosa del pensar» se mantenga en su régimen de «exclusión interna».

Pero la operación *Lacan: Heidegger* también alude a otras cuestiones que exceden el marco universitario: por un lado, aquellos asuntos referidos a la cura analítica que puedan interrogar el valor

de esa experiencia en la época de la metafísica cumplida, así como también es pertinente indagar al pensamiento político y al modo en que eventualmente interviene en el tejido social, especialmente cuando la Técnica ha emplazado a toda la experiencia humana a volverse materia de intercambio en un mundo vuelto imagen.

- vi La «Antifilosofía» es un juego que tiene, por ahora, como eje privilegiado el de *Lacan:Heidegger*; éste es nuestro artefacto antifilosófico que intentamos que no se disuelva en las derivas deconstructivas, hermenéuticas o pragmáticas. La palabra antifilosofía es un operador que tal vez permita mostrar el hiato, la abertura que siempre se debe proteger entre el psicoanálisis y las filosofías de la época que se le aproximan. Pero no es seguro que se disponga de los recursos para desarrollar una antifilosofía; tampoco sabemos qué sería exactamente eso, cuando la antifilosofía no puede ser otra cosa que un artefacto intrascendente. Provisionalmente se puede emplear el término para señalar que merced a Lacan se puede atravesar la filosofía por un lugar distinto, por un exterior de la misma que también es problemático para el propio psicoanálisis: la relación entre lo real y el saber inconsciente. La antifilosofía es dejar constancia, intentar dejar una advertencia sobre un camino que ahora apenas se vislumbra, y que empieza a entregar sus primeras señas. Los recursos de la antifilosofía son cuatro: el objeto *a* lacaniano, el inconsciente freudiano, la plusvalía marxista, la técnica en sentido heideggeriano. Pero estos recursos sólo funcionan si están convenientemente alojados y reapropiados en una nueva narrativa, donde el contexto de origen de cada uno de esos términos pueda ser siempre revisado críticamente, para recuperarlo en su verdadera arista.

Junto a la antifilosofía tenemos que hablar de la topología. Hemos mencionado más arriba el poema inconsciente, sí, pero el sujeto no es un poeta, y menos aún lo es el psicoanalista. Se trata del ser parlante, sexuado y mortal. Hay que desplegar el *parléter* para que lo habite el *parlaser* (*parlêtre*), disponiendo así el espacio-tiempo propio de la *ex-sistencia*. Y en esta tarea del analista registrarán las coordenadas de la palabra poética, dando lugar al contrapunto de efectos correspondientes: efectos de sentido y efectos de agujero. Los cuales suponen que todas las operaciones se sostendrán en artefactos intrascendentes que, empero, no podrán ser sin rela-

ción a la estructura. Y en un mismo movimiento, esa pretendida trascendencia de la estructura naufraga en los agujeros que provoca la palabra. Entre el agujero y el sentido, el *parlaser* farfulla sus síntomas. De ahí que hayamos insistido en la topología como una seña singular de Lacan, la cual le permitió localizar las diversas operaciones de la experiencia. Nosotros, en estos textos reunidos, hemos hecho uso especialmente de los nudos y cadenas, pues esa «geometría de sacos y cuerdas» fue la escritura elegida por Lacan en su última enseñanza.

El principal hallazgo fue leer en un texto de Lacan, «El atolondradicho», la frase más definitiva y contundente que pudo proferir sobre Heidegger, y lo más paradójico es que lo hace sin nombrarlo directamente. Allí se habla de «la filosofía que aún salva su honor» y de «la página ausente» que el psicoanálisis pone en evidencia en la filosofía, mientras se presenta una lacónica fórmula, «*La vérité, aletheia=Verborgenheit*», en torno a la cual Lacan proclama la fraternidad con el decir heideggeriano. VII

Fórmula que iguala la desocultación de la verdad con el ocultamiento evidenciando que según Lacan la dimensión más importante de la verdad es el ocultamiento. No es equivalente ocultar-desocultar, con lo que se entiende como desenmascaramiento en la tradición; se trata de un ocultamiento estructural, de una sustracción que vuelve imposible cualquier experiencia totalizante. Al igual que lo real lacaniano, se trata de un vacío alrededor del cual la realidad se organiza fantasmáticamente y no de un fundamento o principio oculto que los «intereses» no permiten desmascarar. El ocultamiento-sustracción heideggeriano y el par represión-forclusión lacaniano introducen en el campo de la verdad una lógica distinta a la de la «sospecha», la que pretende llegar al núcleo último del sentido. No se trata sólo de un sentido escondido, sino de que el sentido mismo está roto, quebrado, mermado por aquello que se sustrae. A su vez, el ocultamiento o sustracción no se retira sin dejar su huella, letras sin sentido, escritas en el campo del sentido pero inaccesible para el mismo.

Emplear los dos puntos para declarar el vínculo *Lacan: Heidegger* implica siempre estar a la espera de un decir que surja entre los dos VIII

nombres que se unen y separan por los dos puntos, un decir nunca estabilizado, nunca dado por ya realizado y nunca asegurando ningún desenlace. Los dos puntos se proponen como la huella de una contingencia, aunque a primera vista huella y contingencia se presenten como términos difíciles de vincular. El procedimiento de los dos puntos fue extraído de la lectura por parte de Heidegger de los «presocráticos»; es una operación llamada «paratáctica», que sustituye a la cópula e invita a la reunión en la diferencia, a la cópula rota y diferida, al encuentro imposible. Esta es nuestra diferencia con desarrollos posteriores que dan casi como un hecho ontológico, con un fundamento firme, la relación Lacan-Heidegger a partir de supuestas afinidades teóricas o influencias recíprocas. Por supuesto que no se trata de ignorarlas, pero los dos puntos entre ambos nombres propios quieren funcionar como una suerte de *mathema* que lleva a un violento desplazamiento de escrituras y recursos topológicos que no se agotan en un libro o en textos, pues estos no son más que señales de un camino incesante «tras una misma estrella».

Los dos puntos, el decir menos tonto, la página en blanco, la filosofía que aún salva su honor, verdad=ocultamiento, son las diversas escansiones que organizan una política de lectura, una política de lectura que acepta la condición tragicómica propia de la enseñanza de Lacan; si lo real está excluido del campo del sentido, a través de qué tipo de huellas, sin embargo, puede, eventualmente, llegar a ser leído.

- ix La fórmula en la que el desocultamiento se confronta, en tanto pliegues de lo mismo, a lo que permanece en una ocultación inalcanzable, es la oportunidad para captar la fuerza inaudita que la poética del ocultamiento impone al texto heideggeriano, quizá la oposición entre el primer y segundo Heidegger, el Heidegger del «giro» o «torsión» no es tan importante al menos desde la perspectiva de la *ex-sistencia* del sujeto tachado. Por ello elegimos la traducción de *Dasein* como *ex-sistencia*, según la versión de Manuel Jiménez Redondo. Se suele admitir en la doxa heideggeriana que hay un primer Heidegger, el de la «analítica existencial», que aún no se ha despojado de la «metafísica de la subjetividad». En esta lectura, *Ser y tiempo* no logra aún separar del todo a la *ex-sistencia* del sujeto metafísico moderno. Aunque



desde la perspectiva de Lacan se puede leer *Ser y tiempo* como una subversión del sujeto, hay muchos lectores de Heidegger que insisten en que sólo en una época posterior Heidegger se desprende de todo vestigio de la subjetividad metafísica para disponerse a pensar el *Ereignis*: el acontecimiento propicio o apropiador. Sin embargo, desde la perspectiva del ocultamiento, la que se mantiene a lo largo del camino heideggeriano, se puede observar que no se trata de eliminar al sujeto o a la *ex-sistencia* definitivamente, sino de conquistar la posibilidad de pensarlo en una nueva topología, la de su tachadura, la de su cercanía lejana, la de su estructura cuaterna. No hay *Ereignis* sin la *atingencia*, neologismo que indica lo que en cada caso somos en aquello que necesariamente se nos apropia y que a la vez intentamos apropiarnos de modo contingente o imposible. Y esto vale tanto para la *ex-sistencia* como para la comunidad.

Respecto de la llamada época metafísica el intento fue captar el x nihilismo con el *mathema* del discurso capitalista: la estructura de la técnica encuentra su fórmula desarrollada en el discurso capitalista de Lacan, donde el sujeto comanda las operaciones con respecto al plus de gozar sin pasar por lo «abierto» de la castración. La castración, recordemos, al igual que el «ser para la muerte» heideggeriano, es la «posibilidad de una imposibilidad», aquello que constituye nuestra posibilidad más propia y que a su vez es imposible de representar en el campo del ente. El discurso capitalista, conjetura que Lacan formuló para pensar un rechazo de la castración, muestra el dispositivo de dominación, es la mejor mostración del olvido del «olvido del ser». Permite captar cómo la estructura de la dominación metafísica no necesita ser «desenmascarada», pues más bien se muestra toda en un espectáculo, donde las relaciones sujeto y objeto en todas sus modalidades, intentan agotar la totalidad de la *ex-sistencia*. Pero lo más importante que hace patente el discurso capitalista, y que tal vez hubiera impresionado a Heidegger, es mostrar cómo un discurso, el del amo o la filosofía, ha terminado produciendo una configuración, el discurso capitalista, que la excede y al que ya no puede tratar filosóficamente. Así como la filosofía ha llevado a la técnica y la esencia de la técnica no puede ser pensada filosóficamente, el discurso capitalista es la filosofía realizada que ya no puede ser tratada filosóficamente. El

discurso capitalista es aquello que se puede llamar ontoteología y cuya innovación puede ser política y no filosófica.

- XI ¿Qué es una ontología en la tradición filosófica? Es sabido, se trata de presentar en una teoría el modo en que la realidad se configura, aquello que la fundamenta y la sostiene, el sentido que emana de ese fundamento y el sujeto que es capaz de ser el soporte de dichas operaciones.

Lacan, por su parte, ha establecido el carácter pre-ontológico del inconsciente. Pre-ontológico, no como lo que aún no reúne las condiciones para una ontología sino como aquello que muestra una realidad sin fundamento. Si bien pueden encontrarse en la enseñanza de Lacan algunas «fundamentaciones contingentes», las mismas no pueden ser presentadas como una totalidad conceptualmente saturada. Incluso cuando el nudo RSI surge como la construcción de un discurso sobre la realidad de «lo que habla», al cual Lacan llegó a referirse como «filosofía primera», es decir, como un proyecto de «ontología», siempre se trata de una ontología agujereada, fallida, establecida contingentemente respecto a un real imposible de capturar. Es una preontología radical de lo Uno en ruptura, que si bien se ocupa de mostrar el modo en que se instituye la realidad, está atravesada por fracturas y vacíos irreductibles que hacen imposible la determinación de un núcleo último de sentido o fundamento.

El estatuto ético del inconsciente, mencionado junto al carácter preontológico del mismo en el *Seminario XI* de Jacques Lacan establece que el psicoanálisis es una experiencia que indaga la decisión ética cuando se nos ofrece sin fundamento último y sin demostración «científica técnica» y donde se trata de aceptar la condición contingente e incurable que la lengua le impone a la «ex-sistencia» parlante, sexuada y mortal, tres nombres que remiten a distintas modalidades de lo imposible. En cierta forma el carácter preontológico del discurso lacaniano, podría ser entendido como una respuesta a lo que sucede con la ontología después de Heidegger. El psicoanálisis no ingresa ni a la lógica de los expertos ni a la nostalgia del fundamento ontológico, pero sin embargo su esfuerzo permanente, su índole ética, es que a pesar de su incisiva «desfundamentación», el discurso analítico no es un «relativismo». Es una experiencia que intenta transformar en «causa» al funda-

mento ausente. A partir de Heidegger, es Lacan quien establece las condiciones más apropiadas para caracterizar el malestar de la civilización en la época de la Técnica y las condiciones que se requieren para concebir otro inicio.